

CUENTO N° 75

TITULO: EL TRASPLANTE

SEUDÓNIMO: LUNA

AUTOR: MARÍA SOLEDAD GODOY REYES

El trasplante.

LUNA

Me gusta la sensación de vida que me invade al transplantar una pequeña planta de no más de diez centímetros, desde el invernadero a su lugar definitivo en el jardín. Es una lucha entre la vida y la muerte que se puede observar dentro de los próximos tres días. Influye la tierra, el agua, el sol, el frío, el viento, la ubicación y el cariño.

Esta mañana lo hice con especial cuidado con una papa de peonía que planté hace unos meses en el invernadero. Busqué el mejor lugar para su traslado, que tuviera sol en la mañana, nada al medio día y algo de sol en la tarde, al lugar no llega el viento porque se lo tapa un gran rododendro. Tiene dos hojas y espero con ansiedad que brote otra. Al florecer tiene los colores del atardecer, un color rojo muy especial, fuerte y luminoso.

A la mañana siguiente me desperté asustada de que mi peonía hubiese muerto. Corrí a verla, el corazón me latía tan fuerte.

Preocupada, salí a cerciorarme de que no había sufrido con el trasplante pero la encontré triste. Sus hojitas estaban lacias casi sin vida.

La ví tan quieta y lánguida. Sus hojas verdes se veían marchitas y sin fuerza. Una sensación de tristeza me traspasó.

Volví a apretar la tierra. Fabricué un pequeño paraguas de paja para protegerla del rocío y del frío de la noche.

Me acosté con la sensación de haberla dejado en el desamparo. No debí trasplantarla tan pronto. Me acosté preocupada.

Ya no me gustaba la duda de la vida o la muerte.

Me acordé de otros momentos, años atrás, en que esa espera se hizo insoportable. Mi hermana moría, fue su tercer intento de acabar con su vida, ahora le estaba resultando.

Me quedé toda la noche con ella, fueron sus últimos momentos entre la vida y la muerte. Le tomé el pulso, la escuché respirar. Sus ojos abiertos se perdían en la nada. En un momento me pareció sentir que me reconocía. Le hablé pero no me contestó.

No se movió. Estuve sentada el resto de la noche a su lado. En la madrugada un murmullo salió de su boca. Me acerqué cuidadosamente y la escuché decir:

- Al fin. Me voy.

Con mucha dificultad volvió la cabeza y me miró. Sólo me miró y partió en su largo y desconocido viaje. Ví sus ojos preciosos, ojos de peonía, tratando de decirme, de explicar lo que sentía. ¿Cómo se explica la sin razón? Cómo la falta de motivo para un sufrimiento así? ¿Por qué preferir la muerte? No entiendo, no pude hacer mío el dolor ni la desazón que la abrumaban. Su mente no fué capaz de moverse desde el lado oscuro hasta el lado bueno de la vida. Ella, que nació para ser feliz, para ser flor.

Desperté sobresaltada. Su recuerdo me envolvía y sentí temor. Temor por mi peonía. Mi alma estaba en un hilo. ¿Vivirá?

Corrí hacia el jardín temerosa de lo que encontraría, pero ahí estaba, firme, fuerte, sus hojas erguidas. Esperando para hacerme feliz.

